

# GABRIELA MISTRAL, RECADERA DE CHILE Y DE AMÉRICA

JUAN ANTONIO MASSONE DEL CAMPO  
UNIVERSIDAD ANDRÉS BELLO

## Resumen

La poderosa vigencia de Gabriela Mistral es mensaje de vasta humanidad y sentido trascendental de lo existente. A la vez chilena y americana, hispana y amerindia, su impetuosa riqueza virtióse en "Recado", meditación animada de oralidad y acento femenino.

Reserva estética y ética, la prosa mistraliana recopilada durante las últimas décadas, confirma la orientación de un espíritu adelantado que supo legar un mensaje perdurable y urgente de considerar.

## Abstract

Gabriela Mistral's powerful validity is a message of vast humanity and momentous sense of that which exists. At the same time Chilean, American, Spanish and Amerindian, her impulsive richness is seen in "Recado" an animated meditation of spoken and feminine discourse.

Ethical and aesthetical reserve, the mistralian prose compiled in the last decades confirms the orientation of an advanced spirit which knew how to bequeath a lasting and urgent message to be considered.

## Difícil chilenidad

Es un triste lugar común hablar del pago de Chile o de la rudeza que suele condecorar con ingrato olvido a sus gentes más esclarecidas, la actitud que deja ir nuestra costumbre desatentada y suspicaz, como si fuera una distinción fatal que prendemos

de las mejores solapas chilenas. Parece no contentarnos la retahíla de casos que nuestra historia prodiga. Siempre nos quedan ganas de propinar a otro el mismo tratamiento. Todo indica que nuestras facultades de aprendizaje se obliteran y las vergonzantes lecciones no obtienen efecto de enmienda.

No es ésta la oportunidad de extendernos acerca de esa constancia cerril y descomedida para con Gabriela Mistral, aunque es imposible eludir el mal recuerdo de algunos desatinos de tan grande bulto que, a su hora, recibiera de sus compatriotas, de los que, aquí, sólo dejamos ruborizada constancia.

Es bien conocido el cúmulo de anécdotas que le endilgaron pegajosa quejumbre. La adversidad le valió de escuela permanente. Familia, estudio, trabajo escolar, desempeño diplomático y situaciones afectivas se confabularon para acibarar -hubiera dicho ella- su boca y su espíritu. Probablemente, algo tuvo que ver la propensión personal que cada quien trae a este mundo. En su caso, ella entrega un principio causal cuando recuerda los inicios docentes que le cupo vivir:

“Empecé a trabajar en una escuela de la aldea llamada Compañía Baja a los catorce años, como hija de gente pobre y con padre ausente y un poco desasido. Enseñaba yo a leer alumnos que tenían desde cinco a diez años y a muchachones analfabetos que me sobrepasaban en edad. A la Directora no le caí bien. Parece que no tuve ni el carácter alegre y fácil ni la fisonomía grata que gana a las gentes. Mi jefe me padeció a mí y yo me la padecí a ella. Debo haber llevado el aire distraído de los que guardan secreto, que tanto ofende a los demás...” (1)

Principios poco auspiciosos. A partir de 1910, titulada de Maestra Primaria, enseñó en distintas localidades del país: La Cantera, Barrancas, Traiguén, Antofagasta, Los Andes, Punta Arenas, Temuco y Santiago. En 1922 viajó a México a colaborar en la reforma educacional que encabezaba el ensayista y educador José Vasconcelos. A partir de entonces sus regresos a Chile fueron espaciados: 1925, 1938 y 1954.

Jubilada de profesora en 1925, viajó por varios países americanos y europeos, ya dictando cursos en universidades, ya cumpliendo labores consulares. El primero de esos encargos diplomáticos en calidad de cónsul honorario en Nápoles, en 1932, no pudo cumplirlo “por impedimento de la ley italiana respecto del trabajo femenino” (2), escribe Luis Vargas Saavedra. Desde el siguiente año lo será sucesivamente en Madrid, Lisboa, Río de Janeiro, Petrópolis, Los Angeles (California), Veracruz, Nápoles, Rapallo, Nueva York.

Pero el nomadismo que vivió fue servicial a su mirar interesado en lo existente. Persona de acción y de contemplación. Por eso mismo, más que una escritora de

---

(1) “El oficio lateral”, en: *Magisterio y Niño* (Recopilación de Roque Esteban Scarpa). Santiago de Chile, Ed. Andrés Bello, 1979, p. 43.

(2) *Recados para hoy y mañana*. Santiago de Chile; Ed. Sudamericana, 1999, p 242.

estéticas laboriosas, su figura se hizo pública debido a la constancia suya de intervenir en el debate de un siglo asaz belicoso e inquietante. Y si no lo fuera, la leyenda en su torno la hubiese arrancado de apartamientos y de retiros. De hecho, así sucedió. Y en tal magnitud que fue transformada en tema recurrente -y sigue siéndolo-, ya de ejemplo, ya de conjetura. Sin duda, ella contribuyó a todo eso con su personalidad tan a contrapelo de modernidades como de contumaces inercias.

Persona y personaje. No pasaba inadvertida. Su estatura era generosa por fuera y mucho más debido al ímpetu interior que la multiplicaba en escritura tan pródiga como sorprendente. Conste que no conoció apuro ni gusto de publicar libros propios. Apenas si dejó cuatro poemarios, dos de los cuales: *Desolación* (1922) y *Ternura* (1924) se los arrancaron de las manos. Distantes en el tiempo, le siguieron *Tala* (1938) y *Lagar* (1954). Curiosa brevedad la de sus títulos, máxime cuando estaba poseída, como pocos, del don de nuestra lengua. Parece le bastaba una palabra tan solo para dar en el centro de la actitud poética dominante en cada libro personal.

Es posible que la opinión oficial de algunos escritores y funcionarios estatales de la cultura, estimaran reducida la obra mistraliana. La mayor parte de sus escritos -desde luego su prosa abundante y heterogénea- estaba dispersa en diarios y en revistas; silente en prólogos y algo más viva en textos escolares. De cualquier manera, Ecuador puso empeño e interés en recomendar su nombre a la Academia sueca. Y le fue bien. También intervinieron favorablemente Adelaida Velasco y el Embajador de Chile en Suecia, don Enrique Gajardo Villarroel. El 10 de diciembre de 1945 recibió el Premio Nobel de Literatura en Estocolmo. El Chile oficial prefirió esperar otros seis años.

En las postrimerías de su edad, el gobierno del Presidente Carlos Ibáñez le concedió una pensión especial, por ley promulgada en noviembre de 1956. Ella falleció el 10 de enero siguiente, en Nueva York, víctima de cáncer al páncreas.

Su muerte le atrajo más atención. Nos cuesta menos convivir con nuestros muertos. Bien podría decirse que los queremos más. No interfieren y, en el caso de artistas y de gente pública, dejan de amenazar sus méritos. El recuerdo los mejora a ellos y nos mejora a los del más acá esa memoria en que sentimos hacerles justicia. Cierto, debe "haber llevado el aire distraído de los que guardan secreto, que tanto ofende a los demás".

Los funerales fueron multitudinarios. Los ausentes de otrora y los amigos verdaderos que también tuvo, no faltaron. Pero el galardón mayor se lo tributó el pueblo al que pertenecía sin rúbrica ideológica ni cálculo oportunista. Razón tuvo Radomiro Tomic, compadre y amigo de Gabriela Mistral, cuando leyó un panegírico por cadena radial: "Bienaventurados aquellos por quienes lloran los pobres cuando mueren, porque estas lágrimas de la multitud, que no nacen del vínculo de la carne y de la sangre, ni de la memoria de servicios y gratitudes individuales,



son la señal de la misteriosa filiación en que los pueblos se reconocen en sus santos y en sus héroes". (3)

### La obra exhumada

Nuestra autora escribió sin pausa. Sobre todo, prosa. Comenzó con tonalidad lírica en sus textos aparecidos en diarios provincianos, "La voz de Elqui", de Vicuña; "El Día", de La Serena, por ejemplo, y en algunas revistas de principios de siglo: "Mireya", "Zig Zag", "Figulinas", "Luz y Sombra" y otras. La expansión de horizontes cuando viajara a México y, en fin, durante su "larga extranjería" le regalaron la distancia territorial de Chile, pero nunca el desinterés. Entonces, animada por Alfonso Reyes (1889-1959), gran polígrafo mexicano, aumentó su copiosa colaboración en la prensa nacional y continental. "El Mercurio" de Santiago y "La Nación", "El Universal", de Caracas, "La Nación" de Buenos Aires recibieron numerosos aportes acerca de asuntos muy diversos. También colaboró en otras publicaciones: "Repertorio Americano", de Costa Rica; "Atenea", de la Universidad de Concepción; "Sur", revista argentina dirigida por Victoria Ocampo; "Política y Espíritu", revista de la Democracia Cristiana; "Babel", dirigida por Enrique Espinoza; "Pro Arte", de Enrique Bello, ambas de Santiago; "Boletín de la Unión Panamericana", en Washington. El elenco queda escueto por no demorarse en otros órganos de prensa. Vayan éstos en calidad de ejemplos.

Incalculable es, hasta hoy, la prosa mistraliana. Artículos, prólogos, discursos, conferencias y esa especialidad tan suya de los Recados, han dado pábulo a formar muchos volúmenes de recolecciones. El primero que se percató de la importancia de esa voz diseminada fue el agustino Alfonso M. Escudero, O.S.A. (1899-1970), quien reunió el primer libro con algunos de esos abundantes materiales y que tituló *Recados contando a Chile*, publicado en noviembre de 1957 por la desaparecida Editorial del Pacífico.

Aquel año aparecieron también los primeros epistolarios de la escritora: *Gabriela Mistral, rebelde magnífica*, de Matilde Ladrón de Guevara (1910) y *Cartas a Eugenio Labarca*, breve texto a cargo de Raúl Silva Castro (1903-1970). Años después, cartas a Eduardo Barrios, Pedro Prado, Alfonso Reyes, Joaquín García Monge, Radomiro Tomic, Eduardo Frei Montalva y otros. Se habla de miles de piezas epistolares escritas por ella.

Veintiún años desde que el P. Escudero reuniera el primer libro de prosas, empezó una suerte de resucitación gabrielista que, hasta hoy, no decae. En buena hora. Las recopilaciones han sido hechas por Roque Esteban Scarpa, Luis Vargas Saavedra,

---

(3) "Homenaje a Gabriela Mistral", en: Revista Orfeo Ns 23-24-25-26-27, Santiago de Chile, 1967, p. 209.

Gastón von dem Busche, Jaime Quesada, Pedro Pablo Zegers, Alfonso Calderón y Juan Antonio Massone.

Sin perjuicio de los ensayos, estudios, antologías y revistas especializadas de literatura dedicados su persona y a su obra, mención aparte merece el grueso libro *Gabriela Mistral ante la crítica: bibliografía anotada* (1995), de Patricia Rubio.

No es dable pormenorizar contenidos de esta avalancha mistraliana. Contentémonos siquiera con decir que no es exclusiva de nuestro país, aunque justo es reconocer que los nuevos aportes han expandido la significación de su escritura y, no menos importante, la han liberado de esa aura escolarera y de sabor almibarado con que se la mentara otrora. Perdura la costumbre de poner su nombre al frente de instituciones tan disímiles como puede ser una universidad, un edificio, alguna caja de compensación, una villa habitacional, además de muchas bibliotecas, galerías de arte y escuelas.

Quizás si el único homenaje de rotulación que ella aprobó, en caso de que desearan alguna vez individualizar con su nombre un sitio chileno, fue la sencilla honra de bautizar un cerro en su memoria. Dicha tarea, ímproba y onerosa para su gestor, la cumplió el escritor José Chapochnik, en 1991, luego de más de dos años de trámites. Desde entonces el que fuera Cerro El fraile, uno de los que abraza a Montegrande, lleva el nombre de la escritora.

Sospecho que, a pesar de los esfuerzos de exhumación, la prosa de Gabriela Mistral no es frecuentada por los chilenos. Me refiero a los que debieran conocer de esas reservas de humanidad abundante para provecho de propio crecimiento no menos que del país en diferentes realidades. A veces, el peligro de vivir que se cierne sobre quienes poseen substancia espiritual de verdad, es la indiferencia o la postergación con que se les festeja; análogamente, el morir puede traer bajo la manga costumbre de convertirles en piedra o mármol, en vaga alusión y en repetido desconocimiento. Me gustaría equivocarme en esto.

Algo más positivo es indudable: la regalía musical de que han sido objeto muchos de sus poemas. Lejos la autora más interpretada por los compositores chilenos. Desde la ronda al poema mayor, su palabra disfruta de tal galardón.

### **Recados: comunicación de presencias y sentido**

De su obra en prosa, quizás si el formato bautizado con voz de proximidad y urgencia como es el recado, pertenezca al linaje más personal de entre los suyos. En aquél tuvo cabida la presencia de gentes y sus labores, así también el festejo de gracias de flora y fauna, y el de lugares chilenos y del mundo. El recado porta en su entraña una frescura oral que pretende la atención pronta del destinatario o las de aquellos más numerosos como pueden ser coetáneos, colegas de oficio y el renuevo generacional



de la posteridad. Pocas veces una palabra perteneció tan hondamente a alguien como el recado a nuestra autora. Más del uso femenino y en comunidades conocibles por el paso y la voz de sus habitantes, el recado mistraliano se elevó a planos continentales. Viajó desde cualquier domicilio de la escritora hasta algún medio de prensa. De este modo, expresión y pensamiento festejaron con hondas cavilaciones y briosos adjetivos a muchas realidades en el tiempo volandero de la lectura. Aunque también llevaron regaños y activos dilemas.

El recado conoce ingrediente disertante no menos que confidencial. Conversación por escrito, abre de par en par el alma y sus pertrechos de asuntos y de gustos. Tampoco se rezagan elogios, vínculos y hasta jirones de memoria personal a propósito de lo expuesto. Al escribirlos, la autora se declara ganada de la memoria de alguien o de algo. Un sí es no de carta, pero libre de obligatorio secreto, el recado es un acto de conciencia y no pocas veces de gratitud que muestra atención y afinidades muy amplias y generosas. Amplitud porque no hace más distingo que la caracterización de peculiaridades según fuese el caso de un libro, de un oficio, de alguna presencia feliz de belleza natural. Dáviva en razón de su ver espacial y vasto de latitudes.

Suerte de convivio animadísimo, el recado. El vitalismo que lo empapa acepta el zigzag coloquial, de dicho femenino que recorre y une circunstancias y evocaciones, gobernado por el entusiasmo versátil que le es tan propio a la mujer. Según Virginia Vidal el primer recado lo dedicó Gabriela Mistral a Lolita Arriagada, en México, hacia el año 1922. A partir de entonces, encabezó con esta denominación muchas de sus colaboraciones en diarios y en revistas, aunque en otras quedó únicamente implícito. Lo más importante es el impulso motivador y cierta espera de tornar visible un haz de realidad en lenguaje personalísimo que encomia, exalta, califica, critica, defiende y recomienda atención para enriquecimiento de espíritu o toma de razón para dar medida remediadora.

Gabriela Mistral combinó tonalidades y tiempos de sus dos oficios mayores: la escritura y la educación. Si bien el segundo quedó oficialmente concluso al jubilar de maestra primaria, jamás mermó en ella el afán y la responsabilidad de enseñar, esto es, de mostrar a otro lo existente para que se vea a sí propio. Creía en la palabra viva y con ella y en ella se embarcó en tareas regeneradoras de la sociedad chilena y americana. Hizo propias las postergaciones e injusticias padecidas por niños, mujeres e indígenas. Por eso, su palabra es fraterna y combativa. No tuvo afición de encierro en gabinete ni le sació una estética autosatisfecha. El oficio de escribir podía enriquecerse del oficio enseñador; a su vez, éste se libraba de hábitos remolones al abrirse a realidades que no las sabe decir la rutinaria escuela.

Pasiones y tareas que en el oficio libremente escogido y mejor realizado alcanza dignidad el ser humano. "El oficio -escribió- es cosa sobrenatural y cuenta muchos secretos: cuenta la pasión de fuerza o de regodeo del sensual que hay en la criatura;

cuenta la impaciencia plebeya o la paciencia culta -pulso mismo de la cultura-; cuenta bien el cuerpo y el alma la cuenta mucho mejor todavía.” (4)

En tanto escritora avinose a la tarea de contar, hebra principalísima del recado. Contar es participar de la riqueza del mundo, con bulto de hechos o de pensamientos, a los demás. Trátase, según la autora, de dar a conocer con vivacidad lo creado; sólo así lo existente será criatura de querer y de cuidar. Y esa batalla de expandir realidades compromete por igual al escritor y al maestro de escuela. El modelo de contar más admirado por ella fue el de la cultura popular, esto es, el folclor, ese despliegue vital de expresividad sencilla y esencial que recomendaba conocer de cada país por tratarse de la unión más auténtica de humanidad, naturaleza e inocencia creativa de la infancia, lapso biográfico de su ocupación y en el que pensaba influir para mejorar la sociedad.

“En mi Montegrande escuché de niña los cuentos que sabían los viejos y las viejas, todo un reino de misterios preciosos, de minas de oro que guiñaban al tozudo que dormía sobre ellas, tapándolas con su avío, y de fantasmas que rondaban sus que-rencias solicitando limosnas de misas o de rezos. Y todo ello venía dicho en ese castellano hablado, con sus vocablos del siglo XVI que el valle había retenido como la vaina que atesora el brillo de la espada. No sé qué sería yo sin esos resplandores de la palabra caldeada por la imaginación popular.

De allí viene mi creencia cerrada, maciza, invariable e incesante, de que podemos salvar al niño en cuanto a príncipe de la imaginación. Salvándole su jerarquía de criatura imaginativa le salvaremos como constructor de la Latinidad de este lado del planeta.” (5)

Partiendo del niño y del folclor -ambos alboradas-, nada le fue ajeno. Dispensó atención a todas las edades de la raza -palabra que tanto gustaba de emplear-, porque dentro de esa raza supo de un sentimiento humano que venía de más lejos, apurando mezclas o quedándose autóctono, pero invariablemente complejo de entender y supremo en la reverencia que tributa en el quehacer identificador del oficio. Y es que, junto a los legados de la Latinidad en general, pesaron mucho en su valoración las herencias hispánica y vernácula de América. Su diagnóstico se basaba en el afecto y en el ver con que la proveyó el trato directo con personas de edades varias, lo mismo que el viaje, la lectura y el escribir constante, ese acto de hablar a solas para soltar impresiones y ordenar estados de percatación con que se dice a los demás, de manera más permanente.

Parte importante del mensaje a nuestros pueblos americanos de latinidad fue la de recordarles el carácter sagrado del trabajo. Pensamiento que reitera y dilata en cada

---

(4) “Recado sobre Carrera Andrade”, en: *Recados para hoy y mañana* (Recopilación de Luis Vargas Saavedra) Santiago de Chile. Ed. Sudamericana, 1999, p. 29.

(5) “La poesía”, op. cit., p. 97.



ocasión que debió exponerlo ante diversos auditorios. Le parecía ser columna vertebral de la existencia vivir bien el trabajo. Desde luego no desconoció ni las injusticias sociales ni las tribulaciones de la escasez. No en vano pertenecía a una familia de precaria economía. El énfasis radicaba en un sentido de vivir lo concreto y cotidiano con ojos puestos en la trascendencia. Animaba a despertar la interioridad, puesto que desde ese ámbito proceden las resoluciones y el convencimiento basado en razones y afectos verdaderos.

*Que el oficio no nos sea impuesto: primera condición para que sea amado. Que el hombre lo elija como elige a la mujer, y la mujer lo mismo como elige al hombre, porque el oficio es cosa mucho más importante todavía que el compañero. Estos se mueren o se separan; el oficio queda con nosotros.*

*Solamente Dios es asunto más trascendente para el hombre que su oficio.*

*Andan muchos sintiéndose humillados en su profesión y pensándose superiores a ella. ¿Por qué no la dejan? La recogerán otros que le sean más leales. Cosa tonta vivir con rabia o desabrimiento en el lugar donde alguno puede permanecer con alegría. Renegar del oficio en que se vive el día es ingenuo como renegar de la piel oscura; se la lleva sin remedio, por voluntad de Dios, si es vocación, por tonta aceptación nuestra si es accidente (6).*

El recado no puede ser más atinado, sobre todo ahora que es tiempo de trashumancias instrumentales y de insuficiencias afectivas. Nada de lo dicho por ella se queda raquítico, achaparrado, satisfecho de autismo. Todo habla. El universo, el huerto, el pequeño animal, el rostro, el libro. Al hacerlo, suelta lenguaje, relámpagos que liberan condiciones de compartir. El soplo divino es confirmado en las misiones que lleva a cabo cada especie de lo existente. Una a una reconoce tarea por realizar. Nada de absurdo ni de ir a la deriva la razón de ser. Palabra maximalista en su respaldo de miniaturas o de bestezuelas, de creaciones humanas y de bellezas naturales. Cuanto existe es creación y parte de una armonía en espera de perfeccionamiento.

### **La lengua: identificación y dignidad**

A los motivos de la infancia, de lo popular y del oficio les complementó con la constancia meditativa y práctica de la lengua. La suya, muy castiza, muy arcaica, muy popular. Todo de una vez. Tan personal la inflexión de tonalidad y pensamiento que es inconfundible. Habría que remontar siglos, hasta tocar el de Oro hispánico y aun la Edad Media; buscar en la obra de José Martí; entrarse por su valle elquino o

(6) "Sobre el oficio", en: *Grandeza de los oficios* (Recopilación de Roque Esteban Scarpa). Santiago de Chile. Ed. Andrés Bello, 1979, p. 23.



por el de otros pueblos y aldeas de nuestro idioma para hallarle verdadero parentesco. Sin temor de exagerar es aceptable decir que en Gabriela Mistral hablaban al unísono una voz personal y una mujer de siglos. Esa macicez y reciedumbre, en ocasiones pétrea, en otras leve como huellas en la arena, suele imbricarse de barroquismo americano, e irse en alusiones cultas o en lecciones largas que comprometen generaciones de experiencias, de azoros y de convivir el misterio y la urgencia cotidiana. Así el asunto demora un fácil desenlace, pero queda enriquecido de parentescos o flanqueado de semejanzas.

El idioma mistraliano no dejó espacio al humor chocarrero, ni menos al chiste de menoscabo y ridiculización. ¿Para qué? Prefirió denunciar falsedades y sevicias, lo mismo que ramplonerías y perezas. Sobre unas y otras vertió esclarecimiento desnudador y el recuerdo de más altas posibilidades de dignidad. Extraía su palabra las cualidades más profundas de lo real y familiaridad con lo existente, sobre todo en esa apropiación posesiva -ese mi- con que gustaba encabezar referencias a asuntos tan diversos como pueden serlo un país, un objeto o un autor. Vio en el prejuicio y en el amaneramiento señales erradas e hipócritas de los muchos que le correspondió vivir. Si algo provocaba su cólera literaria, eso no era sino la falsedad de consideraciones espurias hacia la realidad, el habla calcada en sospechosos dictámenes de moda, en el desabrimiento del vocablo que fácilmente desemboca en simulación y defensa de *statu quo*, o en desprecio y temor de quienes desconocen lo vivo por orgullo de no estarlo ellos más allá de apetitos muy básicos.

Jamás neutra ni menos indiferente al desarrollo de acontecimientos y nutrición de vida espiritual, concibió la lengua como vida en movimiento en su ir y en su acoger de todas las orillas del tiempo y de la geografía, tonos y semitonos que dan auténtica fe de experiencia contemplativa y cavilosa. En unos y en otros recalcan los ojos interiores de la tarde, el murmullo febril de la pasión amorosa, los giros azarosos que experimenta lo humano en las jornadas, el festín natural de nombrar riquezas esparcidas allí donde el pie se posa quieto o anuncia tránsito, la enseñanza mejor que son el canto y la conseja y, desde luego, la elevadora plegaria capaz de hablar a Dios como persona familiar. Todas esas proezas de la lengua suponen vivir escuchando escalas rítmicas y espirituales, en anchuras y longitudes de permanencias y lentas transformaciones que no son sino cambios externos de lo que se lleva dentro. La lengua, pues, tiene encargos más altos que el de quedarse en palabra mal dicha o en tartamudeo indiferenciado, como lo está hoy, en labios del catedrático y del burócrata, del estudiante universitario como en los medios de comunicación. La lengua vigorosa debe fomentársela y aprovechar jornadas como el 12 de octubre para celebrar más que a una raza -porque son varias las americanas-, la del idioma, propugnaba en 1934. Y sin empacho afirmó, como Unamuno: "Tenemos el idioma para construir no sólo poemas sino países" (7).

---

(7) "Recado para José Bergamín", en: *Recados para hoy y mañana* (Recopilación de Luis Vargas Saavedra), p. 171.

Centro de la vida, la palabra. Es ésta el primer bastión de dignidad y de raíz inmarcesible. En ella y por ella nos escuchamos cuando decimos, y respondemos en cuanto se allegan preguntas o puntos de vista contrarios. Aprender esa palabra es acto filial porque le antecede uno maternal que marca a fuego la memoria, de cuna a sepultura:

*En mi lengua más mía, mi parla ancestral, la que aprendí de mi madre, que la hablaba con una gozosa soltura de criatura que no sabe lo que tiene porque lo goza tan intensamente que no tiene segundo para pararse a ver o a oír qué es eso que le da tanto contentamiento (8).*

En esa palabra viva hay que contar, debe enseñarse y es preciso anunciar y denunciar. Palabra con sabor local, pero con el muy largo linaje de siglos. Palabra viva que vino de España, pero que se enriqueció con el sol, la naturaleza y con las otras humanidades americanas. Esa palabra es patria: tierra y cielo que se lleva en los tuétanos y en el anhelo inefable de mentarlos para compenetrarse de ellos. De esa lengua que ondula sus particularidades en los países brota un sentido de unidad hispanoamericana que es alma hecha de memorias y con deberes que deben traducirse en proyectos y eficientes resultados en beneficio de lo vivo, empezando por el ser humano que es, también, resultado de personas y del terruño si es capaz de quererlo.

### Las patrias vividas

Más que apropiaciones, la lengua como la tierra son formas superiores de pertenecer al mundo. Puertas y estancias a la vez, la primera nombra, impetra, confidencia; la otra, delinea estaturas y habla de confines. Si una es sonido habitado de reminiscencias y pivote de imaginaciones; la otra desprende olencias, vaharadas, mientras los cuerpos animales y botánicos esperan de la lluvia o del sol surtidas piedades y favores. Pero así como la lengua empieza en el regazo materno, acaso antes; la patria se inicia en el terruño más próximo, no importa que éste sea rincón o calle lateral. De cualquier modo, una u otra serán primer eslabón de inagotable referencia.

*He andado mucha tierra y estimado como pocos los pueblos extraños. Pero escribiendo, o viviendo, las imágenes nuevas me nacen siempre sobre el subsuelo de la infancia; la comparación, sin la cual no hay pensamiento, sigue usando sonidos, visiones y hasta olores de infancia, y soy rematadamente una criatura regional y creo que todos son lo mismo que yo (9).*

Patria chica, dijo de su terruño, esas numerosas cadenas de montañas y pequeños valles elquinos. Patria de jugar, de contemplaciones, de noches bajo los cielos más

(8) "Comento a Ternura", op. cit. p. 177.

(9) "Breve descripción de Chile", en: *Recados contando a Chile* (Recopilación de Alfonso M. Escudero, O.S.A.). Santiago de Chile. Ed. del Pacífico, 1957, p. 127.



despejados de Chile, de la sequedad y calor reverberantes que parecen venirse encima de los escasos habitantes de pueblecitos y arreaduras de ganado caprino. Sí; patria de primeras soledades y primeros empecinamientos, quizás de advertir incomprensibles renuncios humanos y de hablar a solas. De esa patria inicial no dejó de hablar, de escribir, de invocar durante los años de vagabundeo internacional, en ese autodesierto que sintió necesario y, luego, conservó hasta cumplirse en ella la profecía de arribar a “una muerte callada y extranjera”, como escribiera en un famoso poema.

Madre, lengua y valle de Elqui son tríada sagrada en su memoria. Una vez y otra describe esa entidad de cerros y valles exigentes. La lengua en que lo hace es la aprendida -como ya nos enteramos- de la madre. Tres principios que se reúnen en cuerpo y alma, para dar color a la piel, así como velocidad o lentitud al habla.

*El valle de Elqui es la cuchillada más estrecha con que un viajero pueda encontrarse en cualquier país, y en la cual, sin embargo, vivían tantas gentes. Se camina por él como tocando con un costado un cerro y con el otro el de enfrente, y aquellos que están acostumbrados a holgura en el paisaje, se sienten un poco ahogados cuando van por el fondo de ese corredor de montañas salvajes (10).*

Por más variación de materias que ausculte el ojo y consigne la palabra, siempre está ella, radiosa, dando pistas de vetas inacabables. Siempre le queda a uno su reflexión que es palabra en altura de calor y de convencimiento. Pero esa misma riqueza exige del lector no detenerse en descanso indebido o a creer que pueda bastarle delectos someros. En los textos de Gabriela Mistral uno encuentra a persona mayor, de fuerza espiritual y de ternura. Leer de lo suyo es tocar alma de mujer sabia y dolorida, maternal y querendona. Entusiasta de ver y de comprender, todos los sentidos alertas y todos los vínculos son posibles. Al escribir, conversa, sin que cese en el coloquio de conciencias a que invita, el abigarramiento de temas y de realidades que dan para muy reales y largas consideraciones.

A la prensa llevó lo interesante más que lo entretenido. Pero si la imaginación prolongó su curiosidad, nunca menospreció la necesaria información detallada a la vez que relevante del asunto que la ocupaba.

Amante de geografías y de libros de viaje, de Chile hizo prolijos retratos. No quiso desprender jamás al ser humano del entorno y de su oficio, con los cuales hay cordón umbilical y mantenimiento de humanidad. De nuestro territorio explicó los diversos órdenes de relieve topográfico y las gracias que son botánica y zoología. Sus principales elogios se los llevaron la cordillera, el mar, los mineros y navegantes,

---

(10) “Un valle de Chile”, en: *Gabriela anda por el mundo* (Recopilación de Roque Esteban Scarpa). Santiago de Chile. Ed. Andrés Bello, 1978, p. 333.



las alamedas, la araucaria y el algarrobo, los frutos, los archipiélagos, las artesanías y la cueca. Largo sería de citar las expresiones felices e inusuales que el detalle y la relación labró con fervor admirativo. Pero lo que en otros, a propósito de materiales hermosos, da para ejercicio palabrero, en ella encuentra a una intérprete y a una defensora, cuyo más entrañable recado es la necesidad de conocer y de querer para luego admirar y conservar estos suelos y estos cielos. La patria chilena, en su delgadez de cambiantes paisajes, es noticia perdurable.

De sus gentes escribió mucho, con mirada esclarecida y afectuosa, aunque también crítica y amonestadora de vicios e indignidades. Comparecen poetas, pintores, eclesiásticos y laicos, próceres y civiles, personas venidas de fuera y personas expulsadas de sus tierras, como lo fueron los mapuches. Al nombre individual sumó el rostro anónimo de mujeres y de hombres. Nadie fue rechazado, aunque muchas veces no fuera sino para entregarle reprensión filosa.

*He aquí un ejemplo escrito en 1932:*

*El mestizaje criollo había de ser igual o peor que la casta ibera hacia la raza materna, y de maternidad ennoblecedora de él mismo, a quien alabará siempre en los discursos embusteros de las fiestas, pero a la que evitará dejar subsistente y entera. (...)*

*Creo que estas indias, como todas las demás, fueron aventadas, enloquecidas y barbarizadas en primer lugar por el despojo de su tierra: los famosos "lanzamientos" fuera de su suelo, la rapiña de una región que les pertenecía por el derecho más natural entre los derechos naturales.*

*Hay que saber, para aceptar esta afirmación, lo que significa la tierra para el hombre indio; hay que entender que la que para nosotros es una parte de nuestros bienes, una lonja de nuestros numerosos disfrutes, es para el indio su alfa y su omega, el asiento de los hombres y el de los dioses, la madre aprendida como tal desde el gateo del niño, algo como una esposa por el amor sensual con que se regodea en ella y la hija suya por siembras y riesgos. Estas emociones se trenzan en la pasión profunda del indio por la tierra. Nosotros, gentes perturbadas y corrompidas por la industria; nosotros, descendientes de españoles apáticos para el cultivo, insensibles de toda insensibilidad para el paisaje, y cristianos espectadores en vez de paganos convividores con ella, no llegaremos nunca al fondo del amor indígena del suelo, que hay que estudiar especialmente en el indio quechua, maestro agrario en cualquier tiempo (11).*

---

(11) "Música araucana", en: **Recados contando a Chile**, pp. 83 y 84.

Esa preocupación tan acendrada hacia lo indígena llevó a Oreste Plath (1907-1996), folclorólogo, visitante de la maestra, como gustaba de llamarle, en el tiempo que vivió de becario en Brasil y ella residía en Petrópolis, a atribuirle el digno mote de "Madre Las Casas".

Pilar de la tradición y de la sociedad, repetido más que valorado, pero de fácil comprobación, es la mujer que ella exaltó en las condiciones de madre, especialmente, y de hermana, esposa e hija, sin olvidar sus rastros distinguibles en expresiones artísticas y en docentes, campos en los que sobresale desde antiguo. No padecía ella de confusiones al punto de no distinguir en los géneros la parte que tienen natura y aprendizaje en cada caso. Insistió en hablar de mujer y de "mujerío", sin que en ello le temblara la voz o el pulso, ni le sonrojara diferencias. Otra cosa era la injusticia y el desdén que se les propinaba, a los que denunció y buscó allegar soluciones.

También en esto es generoso el elenco que puede citarse. Lo dicho de cada aspecto vale también para América, y en parte, para Europa, lo que es prueba de su anchura de mirada y espíritu alerta. Siempre llegó a la cita de las circunstancias mayores. Desplegó en éstas afán de ennoblecimiento. No dejaba de considerar a la mujer en su gestión de vida, humanizadora de cada jornada y de todo entorno. De la nuestra escribió:

*En la mujer chilena existe un substratum muy denso de poesía, fajas y fajas como en la geología, de una herencia poética que ella conserva, mientras que el hombre la dilapida en glotonerías, en ajetreos fenicios y otras carnalidades. Ojalá nuestro mujerío no descuaje sus raíces de este suelo maravilloso, por sajonizaciones americanas. Ojalá sea lúcida y entienda que esos materiales todavía un poco nocturnos o sumergidos en nosotras, serán mañana tesoros solares, velas sin fin, criaderos de arte y de la dicha que da la creación y sólo ella (12).*

Las demás patrias que la tuvieron por algún tiempo le dieron pábulo también a su palabra amparadora. México, España, Cuba, Argentina, Italia, Portugal, Francia, El Salvador, Puerto Rico, Brasil, Ecuador, Guatemala, República Dominicana, Perú, Estados Unidos. En cada uno vio gentes, tradiciones, geografías enlazadas al talento y al rasgo diferenciador. En todos, motivos de admirar y problemas que le valen desvelo y aflicción.

Entonces y ahora, la palabra de Gabriela Mistral interpreta desajustes muy pronunciados entre mundos diferentes. De haber estado con nosotros en estos días hubiera reclamado el derecho de la conservación de singularidades, pero sobre bases dignas en el trato internacional y de laboriosidad creativa en el interno. Ya en 1922 en el famoso texto "El grito" prevenía del peligro en que la América morena entregaba,

---

(12) "Recado para Inés Puyó sobre unas "Flores", en: op. cit. P. 254.

más por culpas propias que ajenas, sus riquezas y porvenir en manos de los Estados Unidos. Desde aquella advertencia hasta ahora, el aprendizaje ha sido y es lento. La tentación de no verse lleva al fácil expediente de atribuir a otro lo que pudo ser enmienda a tiempo y proa al futuro.

También de estos encuentros y pistas equivocadas entre las Américas dejó muchas y fuertes notificaciones nuestra escritora. Veamos si las reuniones y conferencias que tanto gastan en tres días saben, al fin, convencerse de que todo desarrollo es relación de humanidades muy diferentes en ritmos y en énfasis; mas por ser unos y otros de la misma especie y habitantes del mismo planeta, es preciso tener como base honrados mensajes y procedimientos que pueden caber en unos cuantos principios de decálogos o de lemas fecundos, si derechos y deberes, si responsabilidades y mejores distribuciones, se avienen en la conciencia y en el impulso de los gobiernos y habitantes de cada país.

*Queremos ser comprendidos y después ayudados; pero antes que todo entendidos, pues solamente así se nos ayudará con eficacia y sin dejo de superioridad y mayordomía.*

*El Continente no debe volverse un dominio manejado por manos habilidosas en el juego. Europa ya agotó el ingenio y la malicia, la componenda y las falacias, y se perdió a causa de esta industria dolosa y a pesar de los reclamos diplomáticos. Nosotros, testigos de aquel juego perdido, tenemos la obligación de hacer cosa más honorable y duradera, trabajando el hierro forjado mejor que la hojalata frágil de los "acuerdos" anuales que sólo hacen un compás de espera (13).*

### **Reserva de conciencia**

La fácil desmemoria no es virtud elogiabile de un país, ni siquiera de una persona. Los escritores suelen encaminar sus miradas a la tarea de retroceder olvidos. Sólo el que lleva superación de ofensas puede considerarse de sanidad pura. Aunque en estricto rigor tampoco es olvido sino despeje de vías, desbrozo de matorrales nocivos en las relaciones que esperan restaurarse. A un país le es imprescindible escuchar sus mejores voces, porque así puede crecer sin arrestos de facilismos cerriles y de codicias vulgarizadoras. La palabra, cuando es verdaderamente vital, tan estética como ética, puede habitar cualquier formato y todo medio de comunicación, porque es reserva de conciencia y tonalidad poblada de nociones intensas, conoce de mejores potencialidades que la abundancia de datos y de cifras inertes. Una palabra tal sabe a respiración tanto como a sueño de mejorías. Y si, en ocasiones puede ser

---

(13) "Coincidencias y disidencias entre las Américas", en: *Gabriela anda por el mundo*, p. 50.



amarga, pues la gravedad de la situación la exige cruda, en otras se avendrá a impulso, a "frotación de voluntades", a la mejor animación para seguir en el camino de edificar y de sembrar.

Ni por pienso que estas páginas alcancen satisfactorio esbozo de la poliédrica escritura mistraliana. Harían falta libros completos -y ya existen muy buenos- para dar con leal pormenor las enjundias y las sorpresas que depara esta copiosa obra. Más que caja de Pandora, diría que es lugar de riqueza en espera. Un santo y seña que se llama interés puede llevar a buen principio de trato lector y, luego, cada quien elegirá las gemas que le parezcan más valiosas.

Los escritos de Gabriela Mistral, no únicamente sus poemas, sino aquellos que conocieron el blando formato de diario o de revista, que han sido o están siendo reunidos por diligentes voluntades, vuelven a hacer presentes incontables aspectos humanos. Su voz trae lección de admiraciones y de serios reparos; a un tiempo dice de vigencias y de actualidades. Sobre todo, es afecto y razón, esas dos potencias que bien puede armonizar la voluntad personal y la colectiva cuando la una y la otra viven con razón de ser y se percatan de que existe el mundo para mejor habitarlo.